

21  
LOS VERSOS DE CORDELIA

# El Ombligo del Mar



Primera edición en LOS VERSOS DE CORDELIA, mayo de 2015

Edita: Reino de Cordelia  
Alberto Alcocer, 46 - 3º B  
28016 Madrid  
www.reinodcordelia.es

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española  
© Reino de Cordelia, S.L.

© Luís Pousa, 2008, 2015

Del Prólogo: © Eduardo Lago, 2014

Ilustración de cubierta: © Vari Caramés, 2014

IBIC: DCF  
ISBN: 978-84-15973-58-4  
Depósito legal: M-14198-2015

*Diseño y maquetación:* Jesús Egido  
*Corrección de pruebas:* Pepa Rebollo

Imprime: Gráficas Zamart  
Impreso en la Unión Europea  
Printed in E. U.  
Encuadernación: Felipe Méndez

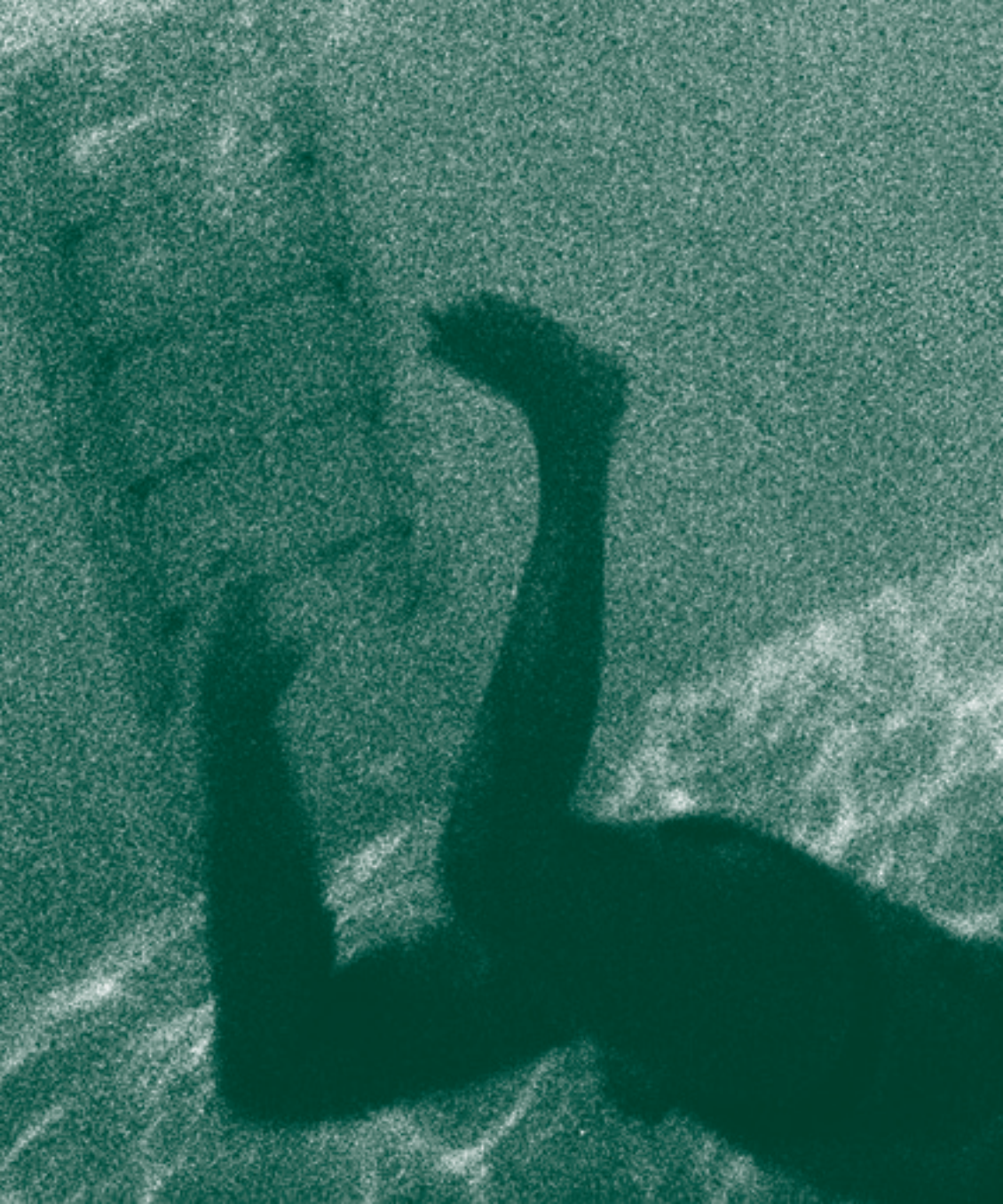
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

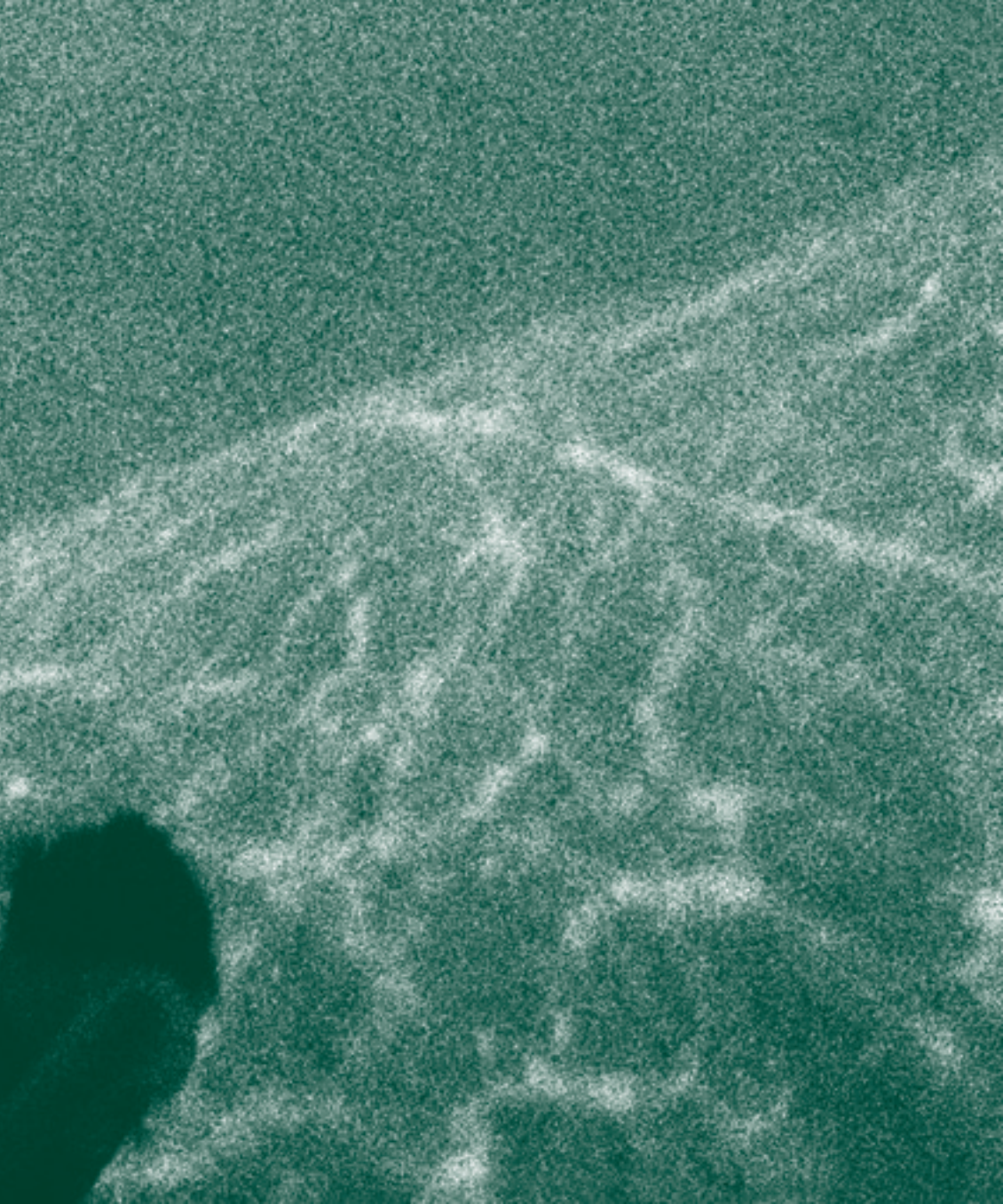
# El Ombligo del Mar

Luís Pousa

Prólogo de Eduardo Lago







# Índice

	<i>Prólogo</i> , por EDUARDO LAGO	15
I	Fragmentos e islas para pensar el crepúsculo	27
	2 Anochece	29
	3 Lluvia electrónica	31
	4 Nubes barrocas	32
5	Palabras a través de la niebla	33
	6 Pasado el río...	34
	7 Aire denso y carnal	35
8	El paisaje explota y la brisa...	36
	9 Si de pronto el insecto...	37
	10 Semienterrado en la arena	38
	II Cieno	39
12	Del esperma a las uñas de tu sexo...	40
13	Esta es la hora en la que el cielo...	41
	14 Anochece en los bordes...	42
	15 Anochece el cuerpo...	43
16	Esquina de Corralón y Panaderas	44

17	Dentro de la ceniza y de la arcilla...	45
	18 Has abierto la puerta...	46
	19 La realidad es ese mundo...	47
	20 Piedra, humus, pájaro...	48
	21 La noche es un perro...	49
22	A Coruña es un lenguado muerto...	50
	23 Luz descarnada	51
	24 Carnalidad que se pliega	52
	25 Demonios y libélulas	53
	26 Nubes barrocas y líquidas...	54
	27 Osario de gaviotas y palomas	55
	28 En la acera, en el asfalto...	56
	29 Crepúsculo semienterrado...	57
	30 Dormir contigo la siesta...	59
31	Gusanos, lombrices eléctricas...	60
	32 La lluvia como acto estético	61
33	Se aferra uno a la literatura...	62
	34 Te asomas a la ventana	63
	35 Invierno	65
36	Hachas de luz que se deslizan...	67
	37 Términos y conceptos...	69
38	Lo fácil sería la aniquilación...	70

39	Un idioma	71
40	Esta es la calle...	72
41	Afilar la cuchilla	73
42	Te has puesto los pendientes...	74
43	Luz blanca en la desnudez...	75
44	Encinas	76
45	El sol se desploma en el horizonte	77
46	Los desagües beberán...	78
47	Otra piel	79
48	Anochece el tejido...	80
49	La noche respira...	81
50	Litoral	82
51	El nudo de piedra...	83
52	El ventarrón sobre el otero	84
53	Noche de esporas azules...	85
54	No se puede contemplar esta lluvia...	86
55	El perfil de las avenidas...	87
56	A esta hora encendida...	89
57	Hueles a abril...	90
58	El viejo y triste,...	91
59	Los poros de tu piel sin nombre	92
60	Acaricio el lomo de esta ciudad...	93



## *Prólogo*

SE ACOGE ESTE POEMARIO a una invocación del canto primero de *La Odisea*, en el que Homero alude a los padecimientos del héroe quien, alejado de los suyos, sufre «en una isla rodeada de corriente donde está el ombligo del mar». La ciudad de A Coruña es el equivalente atlántico de la isla evocada en el poema homérico. Desde los inicios mismos del viaje poético se caracteriza el espacio a recorrer como una suma de «fragmentos e islas» que el lector vislumbra a través de la lluvia omnipresente con el anochecer como trasfondo. En el umbral mismo del periplo la voz poética revela su modo de operar:

«Espío. Cazo. Escucho. Escribo. Recuerdo. Invento.»

El territorio a explorar por medio de estos verbos es una ciudad que en su carácter único e irrepetible Pousa caracteriza como «atomizada, proustiana, decadente, polvorienta, granulosa, estallada, minimal, fragmentaria, barroca, fluida, carnívora, pagana, florecida, sensual, excesiva. La ciudad de neón».

A partir de aquí inicia el poemario su eficaz y elegante andadura, llevando a cabo un despliegue de unidades textuales que alternan entre el poema entendido como forma sin ataduras y el párrafo en prosa, compartiendo uno y otro un lenguaje que no quiere revelar abiertamente su ser poético, prefiriendo refugirse en intersticios donde junto a la fugacidad de lo sublime se formula el deseo de dejarse arrastrar por los detritos, de nombrar lo que no es agraciado.

Responden estas dos manifestaciones a una manera única de sentir, a un intento único que busca llegar al alma del lenguaje y describir su lucha por atrapar algo que, a falta de mejor nombre, describimos como «realidad», palabra que atraviesa el espacio del poemario como un arma arrojadiza, desgarrándolo.

Abundan las enumeraciones que dan cuenta del pulso de las horas, del ritmo de la lluvia, de la cópula (humana, animal, entre los elementos). *El ombligo del mar* es una crónica de la vida oculta de las calles y las playas, de la luz en sus distintas fases, una meditación sobre la naturaleza del tiempo tal y como lo entiende el hombre hoy.

Leer este poemario es cruzar calles que de pronto adquieren vida o la revelan, hacer nuestro el palpito de la ciudad, asediada por el paso de las horas, transformada por los cambios incesantes de la luz, cambios que atenazan el alma del poeta, traducándose en estados de ánimo violentamente encontrados.

En *El ombligo del mar* las palabras, ordenadamente invocadas, salen al encuentro del oscuro enigma de cuanto nos rodea: «Piedra, humus, pájaro, larva, nube, horizonte, árbol, lluvia, mano, borde, labio, excremento, hueva, océano, nido, surco, hoyo, arena, elipse de agua.» Pasos dados cautelosamente, pues la labor que el poeta se propone no es otra que «vadear los lugares del naufragio y de la imaginación. Nombrar el tiempo y los sueños.»

En medio de enumeraciones que se disparan con violencia, se da un profundo desgarramiento. En el centro del

recorrido poético, de repente el lector descubre que el hacedor del mundo en que nos hemos adentrado es «el hombre a solas con la nada.» Aunque es imposible pensar en un despojamiento mayor, el viaje sigue buscando alcanzar los confines del mundo conocido: el invierno en los acantilados feroces de Finisterre. Allí, al igual que ha ocurrido en las fases anteriores del viaje, el lenguaje continuará su búsqueda, que se traduce en un intento por describir su propio reflejo en la superficie de las cosas. En este lugar límite, el poeta reflexiona sobre las armas a su alcance:

«Términos y conceptos en los que inyectamos imágenes.  
Un lenguaje abierto, poroso, flexible.  
Un lenguaje que rept, nada, vuela, salta.»

De este modo el hombre puede dejar de estar, siquiera un instante, a solas con la nada. Tiene a su disposición el lenguaje que, primigenio y lleno de dudas, le permite afrontar su destino, intentando desvelar el ser:

«Esta es la calle desde la que me asomo a la realidad. Salgo y me estrello contra estos objetos, contra estos cuerpos como

sombras, como cenizas, como pavesas. Todo es inefable, indecible, innombrable. Sin embargo, me aferro a la última claridad del día.»

En su proceso de despojamiento, la palabra por fin designa el vacío. El único lugar donde el poeta halla cierta paz, en los confines del silencio: «El paisaje es silencio. Silencio en los escollos de la luz desierta. Silencio entre el viento de cobre y la curva del camino. Devastación del aire en lo invisible.»

Ello no quiere decir que hayamos llegado a un momento que nos deja a merced de la magia de la palabra inerte, sino que es preciso intervenir activamente. El poeta sabe qué ha de hacer: «Afilan la cuchilla. Lo transversal. Lo lateral. La metáfora. Sugerir.» La labor, ardua y antigua, se remonta a los orígenes mismos de la filosofía. Pousa nombra sus herramientas, que no son otras que «los términos y conceptos que llueven sobre nosotros desde Parménides.»

Entonces ¿cuál es el sentido del viaje? Como en aquel verso memorable de Derek Walcott que, borrando la distancia entre la palabra y la naturaleza, anunciaba que «al final de este verso comenzará a llover», en *El ombligo del mar* de

repente «anochece la escritura», creándose las condiciones que necesita el poeta para proseguir su labor. Así «anochece, elige, razona, sueña, crea, celebra, inventa, fabula, imagina.»

Hablábamos al principio de un espacio de fragmentos e islas. Ahora que la escritura entra en la noche, contemplamos «un cielo de asteriscos», un cielo que no es siempre protector, sino que a veces parece amenazarnos, poniendo en guardia al poeta que busca «cómo huir de los infiernos verbales de la ciudad.»

La solución, el camino, el sentido de esta trayectoria, en ocasiones angélica, pero predominantemente demoníaca, es un regreso a los orígenes. A merced del viento y del lenguaje «volvemos siempre al Atlántico». Cerca del final, Pousa echa una mirada en derredor y reflexiona acerca del lugar heredado, haciendo constar la existencia de un «viejo y triste, triste y viejo, discurso narrativo hispánico» en el que, exclama en un plural que parece haberle atrapado, «usamos la realidad como arma arrojadiza.» Frente a la primera persona del plural, la singularidad del yo lírico, que culmina el viaje, llegando al punto de partida:

«Y me echo a andar a ciegas  
por las rúas empedradas de A Coruña,  
que ya sé que no es el ombligo del mundo,  
pero que tal vez sea el ombligo del mar.»

EDUARDO LAGO  
Nueva York, julio de 2014

A Miguel Pousa Fernández  
(A Coruña, 1935-1981), in memórium.



«Pero es por el prudente Ulises por quien se  
acongoja mi corazón, por el desdichado que  
lleva ya mucho tiempo lejos de los suyos y  
sufre en una isla rodeada de corriente donde  
está el ombligo del mar».

HOMERO,  
*Odisea*

«Es curioso lo que ven por no querer ver  
algunas personas. Yo cierro los ojos y veo lo  
que quiero. Alguna vez creí percibir incluso  
el olor de aquel mar o de aquella aldea».

LUIS SEOANE

## I

FRAGMENTOS E ISLAS para pensar el crepúsculo. Encrucijada de avenidas. Resplandor halógeno. Humo de tabaco y lluvia. Rumor de automóviles. Detenido en la esquina, junto al buzón. Puedo oír los radios de los taxis en la parada. Anochece en el brillo rojo de los buses, en el pavimento, en los escaparates, en las techumbres, en el neón fantasmal de los letreros luminosos y en el agua que corre por el asfalto hacia las cloacas. Anochece. Objetos como llamas contra el cielo de la bahía. Fragmentos de ese mismo cielo sobre el perfil húmedo de los edificios. Espío. Cazo. Escucho. Escribo. Recuerdo. Invento. Sueño. Árboles bajo el ventarrón de cobre. El mugido remoto de los petroleros.

ANOCHECE. Las hormigas pululan por el asfalto. P. J. Harvey en la radio de un taxi. Un yonqui vende Kleenex en el semáforo. Gusanos. Autobuses. Pájaros. Bicicletas. Los edificios empapados de gasolina. Llamas eléctricas, el resplandor amarillento del horizonte, los barrios del faro sobre la bahía, el parpadeo de las avenidas, los televisores, la claridad reflejada en las ventanas, las cruces de neón de las farmacias, los escaparates donde los maniqués sonríen obscenamente, las bombillas de los quioscos, los portales adornados con flores de plástico, las vitrinas iluminadas de las carnicerías (el cerdo abierto en canal que pende de un garfio), las pantallas de los ordenadores, el interior de los autobuses, los acuarios de los restaurantes donde agonizan los crustáceos, las máquinas expendedoras de condones, los tubos fluorescentes de las cocinas, los sagrarios, los frigoríficos, las balizas. La ciudad

atomizada, proustiana, decadente, polvorienta, granulosa, estallada, minimal, fragmentaria, barroca, fluida, carnívora, pagana, florecida, sensual, excesiva. La ciudad de neón, la balada del anochecer.

**L**LUVIA ELECTRÓNICA.

Nubes: cadáveres de hojalata sobre Riazor.

Náufrago en las avenidas consteladas.

Pedazos de otros mundos que desfilan ante mis ojos.

Nubes barrocas, pavesas y salitre.

Lenta y majestuosamente, el anochecer se posa sobre la ciudad.

Furia de luz en la escollera, en los acantilados,

en las nasas, en las grúas, en los remolcadores, en los hangares,

en los rompeolas, en el arenal.

Una luz humedecida y frágil.

El Atlántico.

4

NUBES barrocas.

Huele a estrellas de mar muertas.

Océano ebrio.

El mar y el cielo fornican sobre el horizonte.

5

PALABRAS A TRAVÉS de la niebla.

Palabras elásticas.

Abrir las palabras de par en par.

Retorcerlas, exprimirlas, descoyuntarlas.

Prenderles fuego y ver cómo se convierten en ceniza.

Arrojarlas contra la realidad,

ese fragmento de información que llamamos pomposamente la realidad.

6

PASADO EL RÍO, la niebla avanzará arrastrando su velo de espejos sobre las rocas, trazando laberintos que tan pronto se erguirán para enfrentarnos al vacío más salvaje como se derrumbarán sin estrépito y se tornarán leves siluetas para desvanecerse con un susurro tras la espuma del Atlántico.